

El Salmo del Viernes Santo

El salmo 21 ha recibido frecuentemente diversas denominaciones: salmo de Semana Santa, Evangelio de la Pasión, salmo del Viernes Santo; y con buen fundamento. El mismo Jesucristo expresó en alta voz el desamparo que sufrió en la cruz, con aquellas palabras, las primeras del salmo 21: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?" Suponen muchos escritores que el Señor recitó y meditó anteriormente en aquella hora trágica el salmo comenzado en alta voz. Pero aun independientemente de esta hipótesis tan probable como piadosa, con las palabras ciertamente pronunciadas, parecía dar a entender que todo el salmo hablaba de él y se refería a su sacrificio.

Los evangelistas San Mateo (27, 35) y San Juan (19, 24) afirman expresamente que la repartición de las vestiduras del Señor entre los soldados y el sorteo de la túnica, tuvieron lugar para que se cumpliera la escritura que dice: "Se repartieron mis vestiduras y echaron suertes sobre mi túnica"; palabras que se encuentran en el salmo 21, 19. Es, pues cierto el carácter mesiánico del salmo 21, al menos en su verso 19.

Partiendo de este dato seguro, y dada la íntima unidad interna de todo el salmo, parece que, en buena lógica, el sentido mesiánico se ha de extender a toda la composición.

Por otra parte el examen atento del salmo en todas sus partes, y su cotejo con el relato evangélico de la pasión, nos descubre una serie de coincidencias y aun podríamos decir una coincidencia tan continua e impresionante, que viene a resultar una nueva y poderosa confirmación de la mesianidad de todo el salmo.

Nada de extraño, por lo tanto, que la más genuina tradición cristiana, haya interpretado siempre el salmo a la luz de la Pasión del Señor, aplicándosela a Jesucristo paciente. Es la voz de la tradición la que resuena clara y decidida en San Agustín. Exclama este santo doctor: "Puede haber cosa más clara para los sordos (que el sentido mesiánico del salmo 21)? En él se recita la pasión de Cristo con tanta evidencia que parece un Evangelio, y, sin embargo, fue dicho no sé cuántos años (unos setecientos al menos) antes que Jesucristo naciese de María Virgen". En el mismo sentido se expresa Casiodoro: "Mencionando brevemente muchos salmos la Pasión del Señor, ninguno la describió tan al vivo y tan menudamente, que más que profecía parece historia".

La única voz disonante que sobre este punto, en medio del concierto universal, se dejó oír en la antigüedad —la opinión opuesta de Teodoro Mopsuesteno—, fue inmediatamente ahogada por el ambiente y por la reprobación con que le salió al paso el Papa Vigilio. Según este Pontífice, es de fe que el salmo 21 conviene y se refiere a Jesucristo, al menos en sus versos 17-19, y en alguna forma. Determinar ulteriormente si todo el salmo 21 se ha de entender de Jesucristo, o solamente algunos de sus versos; decidir en segundo lugar si el salmo se refiere a Jesucristo en su sentido literal o en sentido típico, a saber: mediante algún otro personaje que fuese figura de Jesucristo; son cuestiones importantes sin duda, pero secundarias en nuestro caso, y sobre las cuales pueden libremente opinar y discutir los católicos como en efecto hacen.

El salmo 21 consta de dos partes marcadamente diversas, aunque en perfecta correspondencia entre sí. En la primera el paciente nos manifiesta sentidísimamente su tribulación; y con ocasión de ésta su resignación su confianza en Dios y la esperan-

za de su liberación. En la segunda, esta esperanza que comenzó a manifestarse como una leve centella, y que a veces parecía soterrada y sofocada por la tribulación, se convierte en viva llama que ilumina un horizonte nuevo, grandioso y consolador: el de los frutos espirituales a los que el propio sacrificio y liberación dará lugar universalmente entre judíos y gentiles.

Tras la breve introducción que precede, pasemos ya a la tarea más grata de leer y saborear el mismo sagrado texto. Damos a continuación una traducción que recoge los últimos resultados de la ciencia bíblica en esta materia, y añadiremos una brevísima interpretación, procurando poner de relieve la perfecta correspondencia entre el paciente del salmo 21 y el divino Paciente del Calvario.

V. 2 ; Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?

Lejos están mis gemidos de obtener mi salvación = liberación

**3 ; Dios mío, clamó de día y no me escuchas;
clamó de noche y no me atiendes!**

¡Palabras de amargura reconcentrada, de profundidad misteriosa! De las primeras se sirvió el Señor en la cruz para expresar su torturante desamparo: "Y hacia la hora nona, clamó Jesús con grande voz: Eli, Eli; lamma sabacthani, esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado (Mt. 27, 46). Así, como siervo a su Dios y Señor, habla Jesús a su Padre celestial; Jesús, el que "poseyendo la naturaleza divina... se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo (la naturaleza humana), hecho semejante a los hombres... hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Efes. 2, 6-8). Son palabras, no de desesperación ni de impaciencia o disconformidad con las disposiciones del Padre celestial; pero sí de una suprema desolación. Desolación que el Señor quiso manifestar en aquella hora de terrible agonia para que nadie corriese el peligro de engañarse, creyéndole sobrenaturalmente impasible, al contemplar la paciencia invicta con que había soportado toda clase de tormentos a lo largo de su sagrada pasión. Era el tiempo concedido a los enemigos y al poder de las tinieblas. Jesús, en manos de sus perseguidores, víctima de enemigos encarnizados, implacables, se ve desamparado exteriormente de su Padre celestial, que dejó a los adversarios las manos sueltas; se vió desamparado interiormente, privado en su sagrada humanidad de aquel consuelo íntimo que de suyo le correspondía por su unión con la Divinidad.

**4 Y sin embargo tú eres el Santo,
que habitas entre las alabanzas de Israel.**

**5 En Tí esperaron nuestros padres;
esperaron y los libraste.**

**6 A Tí clamaron, y fueron salvados;
en Tí confiaron y no fueron confundidos.**

En contraste con el desamparo se presentan los motivos de confianza. El Santo por excelencia, el que mora entre las alabanzas de Israel, como entre las nubes del cielo, como entre las nubes del incienso y del humo de los sacrificios; el que escucha juntamente con las alabanzas, las súplicas de Israel; el que atendió en otro tiempo y despachó favorablemente las plegarias de los patriarcas, no puede ahora desatender las súplicas de su fiel servidor, sumergido en un mar de dolores, atropellado por el odio y la injusticia. Con todo, la tribulación persiste y va en aumento.

**7 Yo en cambio soy maltratado y pisoteado como gusano y no hombre;
oprobio de los hombres y desprecio de la plebe.**

**8 Todos cuantos me ven se mofan de mí,
hacen muecas con los labios, menean (despreciativamente) la cabeza.**

**9 —Dicen—: ¿Se entregó a Dios? Pues que El le libre;
que El le salve, puesto que le ama.**

En su sagrada pasión Jesucristo fue despreciado, maltratado, pisoteado sin compasión, como un gusano; vino a convertirse en el oprobio de los hombres y el deshecho de la misma plebe. San Pedro no pudo soportar el oprobio de pasar por discipulo

lo suyo; en el Sanedrín no hubo quien arrostrase el oprobio de acometer su defensa. Fue el desprecio de la misma plebe, que, dócil a la diabólica sugestión de los escribas y fariseos, hizo suyas y gritó y repitió masivamente, estruendosamente, aquellas horrendas consignas: "No libertes a ese, sino a Barrabás"; "¡Quítale, quítale (del medio)! ¡Crucifícale!". Un indicio muy psicológico delata elocuentemente el odio y desprecio de aquellos hombres: designaron por su nombre a Barrabás, el homicida; pero evitaron cuidadosamente pronunciar el nombre de Jesús, como se evita el contacto de un leproso.

Y le echan en cara su misma consagración y fidelidad en el servicio de Dios; su confianza en Dios; motéjanle de refinadamente hipócrita, o estúpidamente iluso. En perfecta conformidad con el salmo 21, refiere el evangelio (Mt. 27, 39-44): "Los que pasaban le injuriaban moviendo la cabeza y diciendo: tú que ibas a destruir el templo y a reedificarlo en tres días, sálvate ahora a tí mismo; si eres hijo de Dios, baja de esa cruz. E igualmente los príncipes de los sacerdotes, con los escribas y ancianos, se burlaban y decían: salvó a otros y a sí mismo no se puede salvar. Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que El le libre ahora, si es que le quiere, puesto que ha dicho: yo soy el hijo de Dios".

¿Cómo responderá el siervo fidelísimo a estos últimos cargos: su pretendida entrega a Dios, su confianza en Dios?. Se goza en ratificarlos y rubricarlos con su propia sangre:

- 10 **Sí por cierto! Tú me has guiado desde el seno materno;
Tú me hacías estar seguro ya en el regazo de mi madre.**
- 11 **A Tí fui encomendado desde mi nacimiento;
desde el vientre de mi madre Tú eres mi Dios.**

Y como Dios no abandona realmente a nadie que no le haya previamente abandonado, nuestro paciente conservará su fidelidad y confianza en Dios, aun a través de las pruebas más desconcertantes. Así Jesucristo, después de haber consagrado toda su vida a las cosas de su Padre celestial, a realizar la obra de la redención por El dispuesta, a procurar su gloria, puede hacer suyas y colmadamente cumple aquellas memorables palabras de Job (13, 15): "Aunque me mate, esperaré en El". Esta intrépida confianza inspira al paciente del salmo 21 el siguiente coloquio en el que se dirige a Dios, manifestándole filialmente sus indecibles sufrimientos y pidiéndole socorro:

- 12 **No te alejes de mí, pues me veo atribulado;
socórreme, pues no hay quien me auxilie.**
- 13 **Mis enemigos me cercan como novillos numerosos;
como toros de Basán fortísimos, ferocísimos me asedian;**
- 14 **abren contra mí su boca, como león rapante y rugiente.**
- 15 **Me siento derramado como el agua,
y se han desconyuntado todos mis huesos.
El corazón se me ha tornado como cera.
se derrite en mis entrañas.**
- 16 **Mi paladar está reseco como una teja;
mi lengua está pegada a mis fauces,
y me has reducido a polvo de muerte.**

Agua derramada es agua perdida. Jesús, a lo largo de su dolorosísima pasión, fue derramando y perdiendo su sangre preciosa, fue destruyéndose, deshaciéndose, sacrificándose.

El corazón que se torna como de cera y se derrite es la expresión bíblica del sumo desfallecimiento y angustia, bajo el fuego de los sufrimientos y el pavor.

El paladar, reseco como una teja bajo un sol calcinador, y la lengua pegada a la garganta, encontrarían, si la necesitasen, buena explicación, en aquellas palabras de las Lamentaciones de Jeremías (4, 4); "Pégose la lengua del lactante a su

paladar, por la sed". Pero sobre todo, nos recuerdan aquel pasaje de San Juan (19, 28): "Después, sabiendo Jesús que todo estaba consumado, para que se cumpliera la escritura, dijo: tengo sed". Palabras por otra parte que, juntamente con el ofrecimiento del vinagre al que le dieron lugar, responden más exactamente a otra profecía que leemos en el salmo 68, 22: "Y en mi sed me dieron a beber vinagre". Después de tan crueles y prolongadas tribulaciones ¿qué se podría ya esperar sino el golpe final que convierta a la víctima en polvo de muerte?

**17 Porque me rodean mis enemigos, rabiosos como perros;
una caterva de malhechores me cerca;
han perforado mis manos y mis pies.**

18 Puedo contar todos mis huesos.

Y ellos me miran y contemplándome se alegran.

**19 Se reparten mis vestidos,
y echan suertes sobre mi túnica.**

Preferimos sea el lector quien juzgue sobre la correspondencia entre estos versos y los pasajes respectivos de la pasión del Señor que encontramos en los evangelios. Levantado en la cruz Jesucristo se vió rodeado de una multitud de malhechores que rabiosos como perros, se cebaron en la persona, en el honor de su víctima, en el espectáculo de sus horribles sufrimientos y de su bochornosa desnudez; se vió con los pies y manos atravesados por gruesos clavos y pendiente de sus propias heridas; pudo, por decirlo así, contar todos sus huesos distendidos, a través de la carne desangrada y demacrada; en fin, pudo contemplar su completo despojo: la repartición de sus vestidos y el sorteo de su túnica.

En efecto: "Estaba el pueblo contemplándole, y se reían de él los príncipes con ellos". (Lc. 23, 35). "Los soldados, pues, como hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos e hicieron cuatro partes, una parte para cada soldado, y la túnica. Era la túnica sin costura, tejida desde arriba toda ella. Dijeron, pues, entre sí: No la rasguemos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será. Para que se cumpliera la escritura. . . (Juan 19, 23s.).

Y termina esta primera parte del salmo con esta última desgarradora, pero no menos resignada demanda de socorro. La audacia oriental de las metáforas no impide la transparencia del sentido:

**20 Tú, pues Señor, no permanezcas alejado;
amparo mío, apresúrate a socorrerme.**

**21 Libra mi alma de la espada;
y de las garras del perro mi vida.**

**22 Sálvame de la boca del león,
y de los cuernos de los búfalos a este desvalido.**

El salmo 21, salmo de la pasión en su primera parte, como acabamos de ver; en su segunda parte se convierte en el salmo de la resurrección. El paciente, que por algún tiempo se vió perseguido por la tierra y como abandonado del Cielo; cuyas encendidas plegarias parecían estrellarse contra un Cielo de bronce o perderse en el vacío; siente de pronto la divina presencia y favor. Desde ese momento su ferviente deseo se transforma rápidamente en la visión profética de su triunfo; se siente vencedor y, agradecido ante Dios salvador, se recrea, no solamente en su propia victoria, sino también en las saludables y amplísimas resonancias espirituales que su liberación provocará en el pueblo judío y en la gentilidad. Diríase, pues, que el salmo salta desde las tinieblas y tormentos del Viernes Santo, a los resplandores y alegrías de la Resurrección.

V. CANTERA, S. J.